

U

libros

Bela Balassa: *Futuro comercial de los países en desarrollo*. Traducción del inglés por Roberto Reyes, Fondo de Cultura Económica, México, 1967.

Bela Balassa, profesor desde hace varios años en la Universidad de Yale, se ha especializado en el estudio de la teoría de las relaciones económicas internacionales. Fruto de su experiencia en dicho campo es este libro en el que examina las posibles tendencias de las exportaciones e importaciones en los países en desarrollo, así como los futuros cambios en los renglones denominados "invisibles" (costos de transporte, turismo, ingresos de Inversión, etc.), con el propósito de calcular el balance de transacciones, en cuenta corriente, en los países africanos, asiáticos y latinoamericanos para 1970 y 1975.

Para efectos de su estudio, Balassa reúne a los países en tres grandes grupos: a) Desarrollados: Estados Unidos, Japón, Australia, Nueva Zelanda, África del Sur y los enclavados en la región occidental de Europa. b) Subdesarrollados: los de América Latina, África, Medio Oriente y Asia y c) los de economías de tipo soviético. Los países calificados en el primer grupo importaron en 1960, año base para las proyecciones de 1970 y 1975, materias primas por un valor aproximado a los 20 mil millones de dólares, de los cuales el 87.3% fueron exportaciones hechas por el mundo subdesarrollado; el bloque soviético importó, dentro del

gran total, un 5.5%, constituyendo el comercio exterior entre África, Asia y América Latina, solamente el 7.2% de las importaciones totales.

El petróleo y sus derivados, que forman el grupo de mercancías más grande, representaron más de cinco mil millones de dólares; las materias agrícolas no combustibles y los metales, tres mil millones cada uno. Y mientras que los ingresos de exportación, obtenidos de la venta de alimentos de la zona templada y de alimentos tropicales competitivos fueron de cuatro mil millones, las compras de bienes manufacturados producidos en las tres grandes regiones atrasadas sólo ascendieron a mil millones de dólares en 1960.

Dentro de las zonas subdesarrolladas, América Latina ocupa el primer lugar como exportadora con ventas por ocho mil millones de dólares, correspondiendo dos mil millones a los combustibles producidos principalmente en Venezuela, Antillas Holandesas y Trinidad, y más de mil millones al café y el cacao, considerados como alimentos tropicales no competitivos. En Asia, el renglón principal lo forman las exportaciones de caucho y yute, que significaron transacciones por más de cinco mil millones de dólares. En África, por el contrario, fueron los minerales y los metales los que ocuparon el primer lugar dentro del cuadro regional de exportaciones con un valor de cuatro mil millones de dólares. Finalmente, el Medio Oriente exportó petróleo por un valor aproximado a los tres mil millones de dólares.

Según cálculos de Balassa, las exportaciones de los países subdesarrollados a las zonas desarrolladas aumentarán en diez mil millones en 1970, y ascenderán a 36 mil millones en 1975. Japón tendría la tasa de expansión más elevada durante el período que abarca la proyección, aumentando sus importaciones de cien a ciento cincuenta por ciento entre 1960 y 1975. Este fenómeno se debería a varios factores; en primer lugar, se espera que dicho país duplique su Producto Nacional Bruto en los quince años estudiados, mientras que los Estados Uni-

dos, Europa Occidental y los otros países del primer grupo sólo lo harían en un 80%. En segundo término, Japón se halla en una etapa de desarrollo industrial menos elevada que los Estados Unidos y Europa Occidental debiendo, por tanto, presentar una gran expansión de los sectores industriales que emplean material producido fuera de sus fronteras. En tercer lugar, las escasas dotaciones de combustible y otros importantes recursos minerales lo obligarán a depender en mayor grado de las importaciones de materias primas indispensables para su avance industrial. Finalmente, se considera que Japón comprará grandes cantidades de cereales, semillas de oleaginosas y bebidas tropicales, al sufrir un cambio sustancial la composición de su dieta alimenticia.

El panorama para los Estados Unidos y Europa Occidental es distinto: si bien la sustitución del carbón por los combustibles líquidos casi se ha completado en América del Norte, el proceso no ha terminado en los países europeos donde casi todo el incremento del consumo de energía asume la forma del petróleo. Como las reservas petroleras conocidas del Viejo Continente son reducidas, los incrementos en el consumo de este energético tendrán que satisfacerse mediante importaciones. Y si bien los Estados Unidos aumentará las importaciones de petróleo en dos terceras partes solamente, Europa triplicaría su volumen de petróleo procedente de África y el Medio Oriente. Igual fenómeno se presenta en relación a los metales, por no contar con los yacimientos suficientes en su territorio que le permitan un mayor autoabastecimiento.

Si se considera que el incremento en el valor de las exportaciones globales de los países subdesarrollados será de casi 14 mil millones y que los combustibles y minerales representan de dicha cantidad más del 60%, en comparación con un incremento de sólo un 22% en los productos agrícolas, y de un 10% en el renglón de bienes manufacturados, llegaremos a la conclusión de que nuestros países se verán abocados a una su-

persimplificación respecto a las perspectivas de las exportaciones de productos primarios, en buena parte debido a la desigual distribución de exportaciones de combustibles y metales entre los países y regiones subdesarrolladas. El autor señala que cerca de la mitad del petróleo intercambiado se origina en el Medio Oriente, abasteciendo América Latina una cuarta parte. La mayoría de los productores del Medio Oriente (Kuwait, Arabia Saudita, Irak y Qatar), dependen casi exclusivamente de la venta de petróleo, y sus exportaciones proporcionan las nueve décimas partes de los ingresos de divisas de Irán y del Medio Oriente, en conjunto. En el caso de América Latina, Venezuela es el principal productor y exportador de petróleo crudo, mientras que las Antillas Holandesas y Trinidad exportan principalmente petróleo (que se extrae en Venezuela), ya en forma refinada. El petróleo y sus productos representan cerca de las nueve décimas partes de los ingresos de exportación de estos países y una cuarta parte de los ingresos de divisas de toda América Latina. Se espera que las exportaciones de combustibles de nuestra región al mercado norteamericano, que observa un lento crecimiento, registrarán en consecuencia un aumento a una tasa relativamente pequeña.

El valor de las importaciones que las zonas industrializadas harán de alimentos competitivos (semillas oleaginosas, azúcar, tabaco), el de alimentos tropicales no competitivos (banano, café, cacao, té y especias) y el de las materias primas agrícolas (cueros y pieles, seda y lana, caucho, productos silvícolas, algodón, yute y otras fibras vegetales) sufrirá una considerable reducción. Para el caso de América Latina, el valor de sus exportaciones se reducirá aún más debido a la eliminación de la prima en el precio del azúcar pagada por los Estados Unidos, lo cual reducirá nuestros ingresos de exportación en cerca de 170 millones de dólares.

Analizando las necesidades de importación de las regiones subdesarrolladas, Balassa

anota que si bien los ingresos de divisas que obtienen los países por sus exportaciones pueden calcularse con cierto grado de exactitud, tal fenómeno no sucede al abordar el análisis de las proyecciones de las necesidades de importación influidas considerablemente por la tasa de crecimiento y los cambios estructurales que se presentan en las economías en desarrollo, anotando, entre los factores determinantes del crecimiento económico, la tasa de ahorro, la expansión de las exportaciones, el proceso de sustitución de las importaciones y el ingreso de capital extranjero.

Pero, dado que la información disponible relativa a los efectos de estas variables sobre la tasa de crecimiento y sus interrelaciones en el proceso de desarrollo económico, no es suficiente para derivar relaciones cuantitativas en la forma de un modelo económico que pudiera usarse con fines de proyección para 1970 y 1975, cualquier proyección de las tasas de crecimiento futuro en los países subdesarrollados implicaría necesariamente un gran margen de error. Al mismo tiempo, los cambios futuros en las tasas de ahorro difícilmente se pueden prever y tampoco predecirse el grado de sustitución de las importaciones, o la magnitud de las inversiones provenientes del exterior; y, menos, gran número de variables no económicas (estructura social y política, actitudes hacia el trabajo, etc.), que influyen en el proceso de crecimiento económico pero no pueden cuantificarse y seguramente sufrirán cambios en los próximos años.

Considerando un margen de error, los cálculos de Balassa indican un aumento en las importaciones extrarregionales de los países de África, Asia, América Latina y el Medio Oriente desde 24 mil millones de dólares en 1960 a 34 800 millones en 1970 y 42 400 millones en 1975, bajo el supuesto de un ingreso promedio de 4.3%. Los mayores incrementos se sitúan en el Medio Oriente y Asia, siendo relativamente más pequeños los aumentos que registren América Latina y África.

La gran cantidad de datos y proyecciones estadísticas que la obra ofrece al lector tendría, a juicio nuestro, un mayor interés si el problema del futuro comercial de los países en desarrollo hubiera sido enfocado en mayor detalle con relación al deterioro de los términos de intercambio. No deja lugar a dudas el hecho de que el comercio internacional incide en el desarrollo económico; y que, además, los países atrasados tienden, inevitablemente, a vincular su economía con la de los países industrializados que necesitan sus productos. En el caso de América Latina sería más correcto afirmar que su economía está sujeta no tanto a fluctuaciones del comercio internacional, sino a la tasa y a las modalidades del desarrollo económico del resto del mundo, en particular el de los países que, por tener un mayor ingreso *per capita*, ejercen mayor demanda o poder de compra.

En el caso nuestro tenemos que el deterioro de la relación de intercambio viene gravitando preponderantemente de 1950 en adelante. Baste mencionar que de 1956 a 1960 el volumen de las exportaciones latinoamericanas aumentó en un 28% con respecto al quinquenio anterior, en tanto que su poder de compra sólo se incrementó en un 13%; el descenso de los precios anuló en un 60% el aumento del volumen registrado en nuestras importaciones. La CEPAL estima en 7 400 millones de dólares el efecto de dicho deterioro.

La obra de Balassa, sin embargo, cumple con su objetivo primordial: dar a conocer una serie de proyecciones a largo plazo con respecto a la producción, el consumo y comercio de las principales mercancías.

—Iván Restrepo Fernández

Estudios de cultura náhuatl, Vol. VI, Instituto de Investigaciones Históricas, Universidad Nacional Autónoma de México, 1966, 261 pp., ils., dibujos y 14 láminas.

La sexta entrega de los *Estudios de cultura náhuatl* pre-

senta artículos de autores cuyos nombres están unidos casi indisolublemente con la idea de investigaciones en torno a las culturas prehispánicas. Ángel Ma. Garibay K., Justino Fernández y Miguel León-Portilla tienen en su haber obras ya demasiado conocidas y comentadas como para ahondar en ellas innecesariamente; como editores de esta serie de *Estudios*, han logrado, los tres, una producción homogénea, en la que han sabido incluir a colaboradores a la misma altura de seriedad que le han dado a esta disciplina.

La figura de Coatlicue ha dado lugar a estudios en número tal que harían pensar que estaba agotada por completo como objeto de interpretaciones; sin embargo, Justino Fernández encontró un aspecto casi desconocido. "El Mictlan de Coatlicue" es el primer ensayo que se hace, en poco menos que doscientos años, de explicar el relieve que tiene la monumental estatua de la diosa en su base. Antonio León y Gama, en 1792, publicó un dibujo y aventuró una idea, y hasta que el ídolo fue trasladado al Museo de Antropología, nadie había podido observar el Mictlan; Justino Fernández aprovechó la oportunidad para sacar fotografías y ordenar un vaciado de la escultura, que ahora describe y analiza en su artículo.

Otro elemento habitual en los *Estudios de cultura náhuatl* es el constante cuidado que se tiene por las cuestiones lingüísticas, en las que Alfredo López Austin, Agustín Yáñez y Ángel Ma. Garibay se han deletado frecuentemente. En este número, Arthur J.O. Anderson analiza los "Refranes en un santoral mexicano", Pedro Carrasco revisa brevemente los términos de parentesco en el náhuatl clásico, y varios autores hacen un estudio sobre las partículas en dicho idioma. Con este material se agrega algo para el amante de la filología; los números de los *Estudios* han sido valiosos en ese sentido, sobre todo si tomamos en cuenta que, aparte del *Vocabulario* de Fray Alonso de Molina, que data de 1571, el idioma náhuatl había contado con muy esca-

sos investigadores interesados en difundirlo y esclarecerlo.

Una de las leyendas más cruentas y difundidas sobre los indígenas es la de la antropofagia, que ya en el *Códice Ramírez* fue objeto de una detallada relación, tanto más impresionante cuanto que parece escrita con un interés eminentemente científico y desapasionado. Fernando Anaya Monroy vuelve sobre el tema, y alejado de los prejuicios medievales que arrastraban todos los historiadores españoles, metidos a esa tarea por necesidades del momento, da una serie de explicaciones que se antojan muy apegadas a la posible realidad del tiempo de que trata.

Hasta este sexto volumen, los *Estudios de cultura náhuatl* han estado perfectamente balanceados en cuanto a los temas religiosos, históricos y filológicos, pero han sido particularmente los dos últimos números los que parecen tener una tónica definida y de mayor amplitud que los anteriores, que —dicho sea de paso— tal vez cometían el venial pecado de ser demasiado especializados, como orientados hacia los investigadores, lo cual no es de ningún modo despreciable. De cualquier manera, estas publicaciones van haciéndose imprescindibles para el interesado en nuestro pasado indígena, y apenas hechas, se han convertido ya en clásicas dentro de su género.

Luis Adolfo Domínguez

Louis Althusser: *La revolución teórica de Marx*, Siglo XXI Editores, 1967, 206 pp.

Suman ya largos años los que lleva dedicados el filósofo francés Louis Althusser en determinar cuáles son los preceptos válidos en la obra de Marx, de los que puedan extraerse el método de análisis científico y la elaboración teórica marxista. Sus trabajos, de riguroso análisis, no han dejado de suscitar disidencias entre quienes, basados en las "citas célebres", se conformaron con una interpretación liberal humanista y oportunista.

Los lectores de habla hispana pueden contar ahora